

## OCASO Y CAÍDA DE UNA INDUSTRIA

José Felipe Coria

La entrega de los Oscars se realiza un lunes por la noche a fines de marzo o principios de abril. Los Arieles se entregan un lunes por la noche a fines de abril. La coincidencia significa un interés del cine mexicano por ser el gemelo natural, aunque hispa-noparlante, del cine hollywoodense. Pero las distancias son insalvables.

El Oscar lo otorga una industria a los que considera sus productos más acabados, dentro de unas ciertas y cuestionables normas académicas de calidad.

El Ariel lo concede una junta de 15 "notables" que a duras penas tiene de dónde elegir y jamás ha definido cuáles son los parámetros de calidad con los que premia.

En ambas premiaciones se cometen yerros, omisiones e injusticias, nada más que en la mexicana se hacen más obvios: se nominan cintas que se dice son mejores a las propuestas que, en su mayoría, presenta la iniciativa privada, aunque sólo son diferentes básicamente porque se hacen con dinero y apoyo del Estado.

En 1971 el presidente Luis Echeverría decidió fundar, por decreto, una nueva Edad de Oro que resultó de cobre, que resultó de hojalata. Con ella revivió un premio que había muerto de manera natural en 1959: el Ariel, como forma de autoelogio y como aval de lo hecho por las compañías estatales Conacine, Conacite 1 y Conacite 2, las que fueron quebrando puntualmente.

Ahora el Ariel sólo alegra a quien lo gana, pero no representa a la industria cinematográfica nacional (actualmente en rápido proceso de dismantelamiento), a la producción (que desde hace tres decenios es su punto más débil) ni a la exhibición (que siempre fue su fortaleza más inexpugnable).

Este año el premio se dio en medio de un exaltado patetismo. Por una parte, fue una muestra de la Nueva Época de Oro y Orgullo de Nuestro Cine, resumida en tres películas: *Como agua para chocolate* (que arrasó con toda la hojalatería: 10 Arieles), *Danzón* y *La mujer de Benjamín*.

Por otro lado, fue el premio contundente al año más dramático de la industria: según dijo en la ceremonia el presidente de la flamante comisión de premiación, Alfonso Rosas Priego, en 1991 sólo se filmaron 37 películas (contra las 100 de 1990, las 99 de 1989, y las 112 de 1988, según estadísticas del libro *Guinness de los hechos cinematográficos*). Además, en julio se cumplirá la etapa final de la liquidación de la cadena exhibidora más importante del país, COTSA, que para estas fechas ya habrá cerrado 197 (27 de ellos en el Distrito Federal) de los 340 cines que administra en el país, y despedido a más de 2 mil trabajadores: con ello esta empresa habrá sido adelgazada a una hipotética condición óptima para ser rematada cuanto antes.

En su discurso Rosas Priego aseguró que la crisis del cine mexicano se debe a muchos motivos: el auge del video, las huelgas, la liquidación del aparato estatal de distribución, exhibición y apoyo. Destacó, entre otras causas de la crisis, el precio del boleto: "Es imperativa la liberación de precios. Conscientes que el cine es el espectáculo popular por excelencia, proponemos que se conserven las salas de precios módicos y que a las demás se les permita cobrar de acuerdo con la realidad del país. Esto traería como consecuencia más y mejores películas". Eso es una mentira. Es una hipocresía pedir que se conserven las salas populares cuando dos días antes de los Arieles, el 25 de abril, se había anunciado precisamente la desaparición de todos estos cines que en su mayoría exhibían material nacional.

Y eso de la realidad del país está por verse (¿no será más bien la "realidad" de los gastos personales de los "productores"?). Ha sido una constante mendigarle al gobierno que libere los precios de la taquilla. Rubén Galindo, autor de películas afortunadamente ya olvidadas, ha sido uno de los más insistentes. Su propuesta: que cada boleto cueste de 20 a 25 mil pesos. La intención de él y de personas como Rosas Priego es cobrar como si este país fuera Estados Unidos, donde cuesta 7 dólares entrar al cine. Jamás se han puesto a ver que el ingreso *per cápita* en México no es igual al de Estados Unidos, y que la infraestructura cinematográfica del país está 30 años por detrás de la estadounidense. Además, siempre que se han autorizado aumentos al precio de entrada, desde los años sesenta, el compromiso ha sido invariablemente que se harían más y mejores películas, más y mejores cines, lo que nunca se ha cumplido.

El problema es de concepto: se piensa que una película es mejor mientras más cueste; que *Como agua para chocolate* es superior a *Retorno a Aztlán* sólo porque costó 6 mil millones de pesos, cantidad muy por encima de los 800 millones que costó la segunda.

Gente como Galindo y Rosas Priego tampoco toman en cuenta que si bien es necesario revisar la política de los precios, "con eso no basta, entre otras razones porque a mayor precio menos localidades vendidas, además de que la clientela actual de las películas mexicanas está formada principalmente por los grupos de población con menos ingresos", según apunta Jorge Elizondo en un estudio sobre la exhibición que hizo para un anónimo comprador de COTSA, y que publicó la revista *Pantalla* en su número 15.

Las cifras han sido elocuentes: a pesar de haber impuesto a la exhibición que el 50 por ciento del tiempo en pantalla estuviera ocupado con material mexicano, pocas han sido las películas que han recuperado su

inversión. De ahí que muchos productores optaran por la ley del menor esfuerzo: películas baratísimas, sin calidad, para recuperar pronto en taquilla. De ahí también el interés de incrementar la taquilla: mismo producto, mejor recuperación. Por ello es una trampa la liberalización de precios.

El análisis de Elizondo demuestra que es más taquillera el cine extranjero, principalmente el estadounidense, y más exitoso el circuito Ramírez, de salas más chicas y que nunca proyecta cine nacional. Igualmente, comprueba que la asistencia ha bajado como consecuencia natural del deterioro salarial y del cada vez más bajo ingreso *per cápita*.

Estos problemas no los han querido ver personas como Rosas Priego: es más fácil extender la mano y pedir la limosna de liberar los precios, para dejarlos al capricho de los futuros dueños de los cines, que ponerse a analizar el problema y encontrar soluciones viables, porque ya no es tiempo de llorar por los cines perdidos.

La solución es más política que económica, más de buscar opciones, que de imponer un precio. En primer lugar, necesitan establecerse los derechos del espectador, cosa que ni se imaginan gente como Galindo y similares. El público no es un simple *comepalomitas*, y si se ha retirado de los cines se debe tanto a las deplorables condiciones de proyección como a las películas que se producen y distribuyen.

Los derechos del espectador exigirían mayor responsabilidad de la industria cinematográfica, y no la simple imposición de un precio que no es digno ni del producto ni del servicio. Y antes que proteger a una industria que ha medrado a la sombra de privilegios, debería dejársele a sus propias fuerzas, a ver si como sabe exigir puede cumplir.

Con libre competencia y sin sobre-protección, la industria tendría que buscar lo que ha perdido desde los años cincuenta: público, porque hoy en día carece de él. La mayoría de los recientes "éxitos" de nuestra nueva era de orgullo son meros fenómenos del Distrito Federal: una imposición del centro que en el interior ya no es tan unánimemente aceptada.

Así las cosas, lo que sobra en una industria que no es saludable, es la pomposa Academia Mexicana de Ciencias y Artes Cinematográficas que reparte premios a ejemplos filmicos que sólo son ejemplos únicos. No hay de donde escoger, menos todavía con todo el aparato productivo en ruinas y la situación en máxima alerta ya con poco más de la mitad del sistema de exhibición reducido a cenizas.

Hubo un tiempo en el que la industria nacional fue poderosa y tuvo un esplendor envidiable, imagen de un cine que se consumía a nivel continental. En ese entonces había gente con interés en el cine. No los que ahora pretenden arrebatar un aparato filmico que no supieron defender como patrones.